

LA FE CRISTIANA EN DIOS DESDE LA PERSPECTIVA BÍBLICA

Revelación y conocimiento humano de Dios se relacionan mutuamente. El conocimiento de Dios puede crecer a través de la historia y/o eclipsarse. De hecho se ha enriquecido, paso a paso, desde los patriarcas y a través de Moisés y los profetas. Alcanzó su perfección en Cristo Jesús: Dios ha manifestado en Él su amor sin reserva y su voluntad de salvar al hombre.

Der christliche Gottesglaube in biblischer Sicht, Münchener Theologische Zeitschrift 55 (2004) 27-41

Dedicado a Eugen Biser en sus 85 años. Pocos teólogos, en los últimos años, se han esforzado tanto como él por descubrir la auténtica imagen cristiana de Dios.

CONSIDERACIONES PREVIAS

Hablar de o sobre Dios, en su esencia divina, no está a nuestro alcance. Debemos limitarnos a hablar de Él en la medida de nuestros *conocimientos*. Se presupone, pues, la *revelación* y nuestra *capacidad de conocerla*. Todo conocimiento humano tiene sus límites; la ciencia no puede alcanzar las últimas y más profundas causas de la realidad. Igual pasa en los misterios de la fe. Los conocemos fragmentariamente; lo afirma Pablo: “Porque imperfecta es nuestra ciencia e imperfecta nuestra profecía.... Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conocemos de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido” (1 Co 13, 9.12).

Por ser limitado y condicionado, el saber humano se ramifica en múltiples saberes y tiene también la posibilidad de crecer. A lo largo de la historia han crecido nuestros conocimientos experimentales. También nuestro conocimiento de Dios se ha hecho más rico y más profundo. Esto no excluye que el conocimiento de Dios pueda perderse, que haya épocas de eclipse de Dios, en las que se niega su existencia o en las que andamos buscando nuevos caminos para llegar a su conocimiento.

El NT es un testimonio de un conocimiento más rico de Dios y a lo largo del tiempo ha seguido siendo una guía para encontrar las huellas que conducen a una cer-

canía de Dios. Sin embargo, el NT no se entiende por sí mismo, sino

que se funda en el conocimiento de Dios del AT.

LA PROFESIÓN DE FE EN UN DIOS ÚNICO

Los conocimientos fundamentales de la fe se transforman en “credos”. Primero son formulaciones *concisas*, fáciles de creer y de transmitir; en un segundo paso, se fijan por escrito, con palabras surgidas de la experiencia y de las convicciones comunes. En la Biblia sólo se hallan “fórmulas breves de fe”. La tradición cristiana nos ha dejado compendios más largos a partir del s. II; en s. IV se tradujo del griego al latín el llamado “Symbolum” romano, origen de la “Profesión de fe apostólica”. Karl Rahner pidió volver a las “fórmulas breves”, para recuperar lo esencial de la fe en afirmaciones sencillas, libres de sobrecarga teológica.

La Shema

El judaísmo conserva todavía una “formulación breve”, la *Shema*: “Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es único” (Dt 6,4). Esta confesión, si se atiende al AT, tiene su historia, la historia de un conocimiento creciente de Dios.

En este texto, la designación de Dios como “el Señor” es tardía. La grandeza y sublimidad de Dios fueron experimentados tan

vigorosamente en el judaísmo primitivo, que “Jahwe” fue substituido por “Adonai” (el Señor). Se conservaron los caracteres del nombre de Dios pero sin atreverse a pronunciarlo.

El tetragrama JHWH nos recuerda que el Dios de Israel tenía nombre. Para los patriarcas y para Moisés existía un Dios, que les había llamado y elegido, que les acompañaba y guiaba; era su Dios, sin más. A partir de Moisés se llamó JHWH (v. Ex 3, 13-15s). No se reflexionó sobre su relación con otros dioses, lo decisivo era confesar el nombre del Dios cuya acción se experimentó sobre todo en la salida de Egipto y en el mantenimiento en el desierto.

Un Dios – un Dios único

La *Shema* consta de dos partes: el Señor es nuestro Dios, el Señor es único. La primera, nos remite a “la gran asamblea de Siquem” (v. Jos 24,17s). A la invitación de Josué, el pueblo respondió: “JHWH es nuestro Dios”. Esta confesión se entendía en el sentido de que para Israel existía este Dios, independientemente de la cuestión de que otros dioses fuesen venerados por otros pueblos.

El mismo sentido tenía inicialmente la segunda parte de la *Shema*: “JHWH es único”. Se trata de la unicidad de Dios para Israel. Pero el conocimiento de Dios siguió creciendo: el Dios que llamó a los patriarcas, que sacó a Israel de Egipto, lo protegió en el desierto y lo hizo entrar en la tierra prometida, devino también el creador del cielo y de la tierra. Desde entonces la confesión “JHWH es único” pasó a tener sentido monoteísta. Fue sobre todo el Deuteronomio-Isaías quien proclamó la vanidad de todos los otros dioses y subrayó el poder creador de JHWH (v. Is 40, 18ss; 46, 5). En el salmo 96,5 se resume todo esto en una expresión característica: “Pues nada son todos los dioses de los pueblos. Mas YHWH hizo los cielos”. Dios está frente al mundo y es su rey y señor.

¿Qué significa este cambio? En un mundo politeísta era casi una provocación confesarse adorador de un Dios único. Dioses y hombres participaban de la misma realidad, escalonada en grados de perfección. Cuando, en lugar de esto, se afirma que el Dios de Israel es el creador del mundo y de los hombres, se le sitúa fuera de la realidad terrestre. Los mitos de la creación narraban el inicio de un proceso intramundano. En cambio, la confesión, enraizada en el AT, de Dios como creador parte fundamentalmente de que el único Dios se distingue claramente del mundo, sin que esto excluya, según el AT, que Dios actúe en el mundo creado por él, que se

revele y se dé a conocer a los hombres.

La *Shema* judía está en la base del NT

Según Mc 12, 29, Jesús citó la *Shema* en su totalidad; y según Mc 10, 18 Jesús respondió al rico que lo llamaba “maestro bueno”: “Nadie es bueno sino sólo Dios (el único Dios)”, en clara referencia a la fórmula de la *Shema*. Y esto también vale para la primitiva profesión de fe citada por Pablo en 1 Co 8,6: “para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos”. A lo largo de todo el NT hay muchísimas afirmaciones acerca de Dios como creador. Ahora bien, en 1 Co 8,6 la profesión de fe en Dios, único y creador, va unida a la profesión de fe en Jesucristo, único Señor: “...y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por él”. En muchos otros lugares del NT la *Shema* se sobreentiende, mientras que la profesión de fe en Jesús es independiente. En el ambiente judío de los tiempos iniciales esto bastaba, pues la fe en el Dios único se suponía. En cambio, en las comunidades pagano-helenistas era imprescindible la doble confesión de fe en Dios y en Jesús (Rm 3, 30; Ef 4, 6; 1 Tm 2, 5, etc.). En todo caso, la profesión de fe de Israel es la base del testimonio neotestamentario.

COMPRENSIÓN DE LA HISTORIA Y CONFIANZA DE FUTURO EN EL AT Y EN EL JUDAÍSMO PRIMITIVO

El Dios único, creador y señor del mundo, es también el Señor de cuanto sucede en él. De ahí resulta en la Biblia una comprensión característica de la historia. Tres elementos caracterizan el *sentido de la historia* en el AT: 1) Dios ha escogido a Israel y lo ha conducido a través del tiempo; 2) todo suceso histórico -también el destino de los pueblos y las catástrofes mundiales- depende de la voluntad soberana de Dios; 3) la historia está abierta al futuro, pues Dios conduce la humanidad a su destino definitivo.

La *confianza* en el futuro, la *esperanza* de liberación, está presente en el AT desde el principio y fue desarrollándose poco a poco. En el NT fue aceptada con plena conciencia.

Desde la salida de Egipto el pueblo esperaba que Dios le guiaría y protegería paso a paso. Y así fue hasta David y Salomón. Tras la caída del reino de Salomón, la confianza en el Dios de Israel fue suficientemente fuerte como para esperar una renovación del reino y unirlo a la esperanza de un tiempo terrenal de salvación (Is 11,1-10). Un rey ungido, un “Mesías”, renovaría la vida en este mundo. Esta esperanza entró en profunda crisis con el destierro babilónico, pero gracias a Jeremías, al Deutero-Isaías y a Ezequiel renació con tal fuerza, que se ha mantenido hasta hoy.

El futuro en un mundo nuevo

El destierro suscitó un *nuevo modo* de pensar: el futuro salvífico de Dios tendría lugar en un mundo nuevo, no en esta tierra. Todo esto aparece claramente en la profecía apocalíptica, representada sobre todo por Daniel, y crea una nueva conciencia, la de que Dios, por medio de las tribulaciones, decadencia y muerte, iba a crear algo radicalmente nuevo, lo cual se tradujo, entre otras cosas, en la esperanza de la resurrección de los muertos (Dn 12,2).

La esperanza de una renovación total, así como la fe en un solo Dios, Creador del mundo y Señor de la historia, forma parte de los fundamentos del NT. También Jesús se mueve dentro de la tradición de la profecía apocalíptica, así como los primeros testigos cristianos.

Pablo cita una creencia del primitivo judaísmo, cuando en Rm 4, 17 afirma que el patriarca Abraham creía en el Dios, “que da la vida a los muertos y llama a la cosas que no son para que sean”; y da al texto un sentido cristiano, cuando a continuación afirma: “... a nosotros que creemos en Aquel, que resucitó de entre los muertos a Jesús, Señor nuestro” (Rm 4, 24).

A partir de ahí los caminos de la fe cristiana y judía se separan. Jesús puede ser un maestro o qui-

zás un profeta, pero no el Mesías esperado. La prometida liberación final y definitiva no se ha iniciado todavía. La acción salvadora de Dios sigue siendo futura. Desde

el judaísmo se afirma que la salvación definitiva no puede haber irrumpido en un mundo con catástrofes, guerras, discordias e injusticias.

EXPERIENCIA PRESENTE DE SALVACIÓN SEGÚN EL TESTIMONIO DEL NT

En el umbral del NT nos encontramos con Juan el Bautista. Para él no se trataba de una salvación terrenal, sino -en línea con la profecía apocalíptica- se trataba de una salvación de más allá, y sobre todo de un final inminente de todo lo terrenal. Sus palabras (Lc 3, 16 par.) remiten a un juicio y una salvación inminentes de Dios. Ante este juicio llamaba a la conversión y realizaba un bautismo, que suponía la disposición a la conversión y al mismo tiempo era un “sello” de salvación (Ez 9,4). Jesús mismo se dejó bautizar e hizo un gran elogio de Juan: “No ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista...”. Pero también dijo que “el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él”. No es casual que Juan, desde la cárcel, enviara a sus discípulos para preguntar a Jesús: “¿Eres tú el que ha de venir?” (Mt 11; Lc 7). En el cristianismo primitivo Juan fue tenido por el precursor, el que preparaba el camino.

Teocentrismo

Lo que une a Jesús con el Bau-

tista es la predicación teocéntrica. Su genuina predicación se centra en la soberanía de Dios o en su equivalente, el “Reino de Dios”. Las auténticas palabras y parábolas de Jesús hablan exclusivamente de la actuación reveladora de Dios. A diferencia de Juan, lo decisivo es que Jesús afirma que la salvación final y definitiva en forma de Reino de Dios *empieza ya ahora*, si bien de forma provisional y poco manifiesta (parábolas del crecimiento en Mc 4 y Mt 13). La salvación de Dios brilla en el mundo, a pesar del predominio del pecado, de la injusticia y de las discordias. Lo definitivo y verdaderamente nuevo es reconocible y experimentable, con lo que la vida en este mundo cambia, como explicitan las parábolas del remiendo nuevo en vestido viejo y del vino nuevo en odres viejos (Mc 2, 21s. y par.)

La novedad definitiva, proclamada e iniciada por Jesús, amplía decisivamente nuestro conocimiento de Dios. Es el Dios del amor, que cuida de los perdidos, los marginados, los sin derechos y sin esperanzas. Numerosas parábolas y la misma actuación de

Jesús dan a conocer a Dios como padre, pastor, señor generoso y médico. Todo el mundo puede acercarse a Él; no rechaza ni al cobrador de impuestos tenido por impío, ni a la pecadora pública. Sólo exige un auténtico deseo de convertirse, es decir, de abandonarse sin reserva a su amor. Es así como se hace presente en el mundo la “soberanía” de Dios; así nace una comunidad de elegidos, que participa ya de la salvación y constituye en el mundo un Reino, en el que se honra y alaba el nombre de Dios.

¿Quién es éste?

El mensaje de Jesús cautivó a sus oyentes. Muchos sintieron que estaban ante un nuevo conocimiento y una nueva experiencia de Dios. Por esto se preguntaron: “¿Quién es éste?”. Algunos le creyeron un maestro excepcional o un profeta, quizás el mismo Rey-Mesías terrenal. Su poder era excepcional. Otros se dijeron escépticamente: ¿actúa verdaderamente por encargo de Dios o está poseído del demonio? (Mc 3,21ss y par.). Sus enemigos le tacharon de blasfemo y cuando con la expulsión del templo atacó el culto sa-

crificial le juzgaron ya digno de muerte y fue entregado al prefecto romano Poncio Pilato (Mc 11, 15-18 y par.; Mc 14,64; Jn 10,33; cfr. también Mc 2,7 y par.).

La pregunta “¿Quién es éste?” resurgió cuando los discípulos, desesperados primero por la muerte en cruz de Jesús, se vieron superados después por su resurrección. Comprendieron entonces que su misión era interpretar el mensaje de la llegada del Reino a la luz de la muerte y resurrección de Jesús. La Pascua ponía de manifiesto que la acción salvadora de Dios continuaba. Debían dar una respuesta definitiva sobre Jesús, debían honrar su historia y su mensaje haciendo profesión de fe en su persona. Los evangelios hablan de la vida y la obra del Jesús terrenal desde la perspectiva de la fe pascual (cfr. Jn 2,22; 12,16 y 14,26).

Un nuevo suceso se añadió al concepto cristiano de Dios: el conocimiento y la experiencia de la venida del Espíritu Santo. Desde entonces, los carismas y dones del Espíritu, concedidos por Dios por mediación de Jesús, capacitan a los creyentes para su ministerio y mantienen en comunión a todas las comunidades de la iglesia.

LA PROFESIÓN DE FE EN JESUCRISTO EN EL NT

La novedad de Jesús y de su mensaje, vivida con entusiasmo por los discípulos, se tradujo, des-

pués de la resurrección, en concisas formulaciones de fe en su persona: Dios “había enviado” a Je-

sús, lo “había entregado a la muerte”, lo “había resucitado” y lo “había elevado” a su derecha. Eran afirmaciones teocéntricas, y dejaban claro que Dios se había revelado en la persona de Jesús de Nazaret, para estar cerca de los hombres con voluntad de salvarlos. Todo en Jesús era realización del proyecto salvador de Dios.

Si Jesús fue para sus discípulos, antes de pascua, el Maestro y el Señor, también lo es para los creyentes después de pascua. Por esto se dice en Rm 10,9: “Porque, si confías con tu boca que “Jesús es el Señor” y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo”. “Jesús es el Señor” es una profesión de fe, que sale del corazón. La unión con Jesús y la confianza en él son expresión de la fe en Dios salvador.

Si con Jesús había despuntado la prometida salvación final, era lógico predicar la importancia de su persona y el sentido de su mediación. Para ello aprovecharon conceptos tradicionales, en su mayoría del AT, y los aplicaron a la vida y obras de Jesús.

La cristología en el NT

Para entender debidamente los textos cristológicos más antiguos, se debe renunciar a expresiones dogmáticas posteriores, como “Jesús era, a la vez, de naturaleza divina y humana”. La cristología del NT persigue en todo momento ca-

racterizar a Jesús como el *hombre* por medio del cual Dios ha actuado en orden a la salvación. Sus afirmaciones -incluso las expresiones sobre la filiación divina- quieren tan sólo presentar la misión singular de Jesús. El trasfondo veterotestamentario es demasiado claro e inequívoco para suponer que se pudiera llegar a una divinización. Se confiesa un “Dios único”; a él está subordinado el “único Señor”, “Cristo Jesús, hombre también” constituido mediador nuestro (1 Tm 2,5 ss)

Pero la misión encomendada a la humanidad de Jesús no fue como la de un profeta. Jesús es el revelador de Dios; por él se realiza la salvación final. Jesús vive en indisoluble y total unión con Dios (como indica la expresión familiar *Abba*). Puede decir: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30). Como representante de Dios habla y actúa en su nombre (Jn 14,9). Esto es lo que se afirma al llamarle “Hijo de Dios”; en él Dios mismo ha venido a nosotros y por él habita entre nosotros. Cuando se dice que Jesús es el “Hijo del hombre”, no se hace simple referencia a su concreta “humanidad”, sino a la encarnación de la humanidad primigenia, en amistad con Dios y “sin pecado”. Al designarlo como “Mesías” o “Cristo”, se expresa la convicción de que en su persona se cumplen las promesas del AT. Por esto su voluntaria inmolación es victoria sobre el pecado, y su resurrección, inicio de vida nueva.

Todo esto significa que en el mensaje de Jesús y también en su persona se puede conocer algo decisivo sobre Dios. El conocimiento de Dios ha recibido nuevas dimensiones. Para Jesús -y para los primeros cristianos- Dios es el que salva a los hombres de su infidelidad y perdición; en Jesús Dios ha descendido a lo más profundo del ser humano; por esto le ha dejado padecer el horrible sufrimiento de la cruz. Dios está de parte del hombre, incluso en las situaciones más desesperadas; hace brotar nueva vida donde hay miseria y muerte.

Todavía otra pista del NT nos introduce en el misterio de la persona de Jesús como revelación de Dios. Pablo en 1 Co 15, 20 confiesa que “Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que murieron”. Desde entonces vive en el cielo en unión con Dios. “Ha sido elevado a la derecha de Dios” se repite en el NT. Esto nos dice que Jesús de Nazaret ha entrado en la realidad divina antes que nosotros y por nosotros, que vive para siempre en comunión con Dios y que sigue actuando en nosotros y entre nosotros por medio del Espíritu Santo. Jesús en el cielo es el representante de Dios y, a la vez, nuestro representante ante Dios. Confesando su venida al fin de los tiempos, afirmamos que Él quiere llevarnos a la plena unión con Dios.

En el NT la mirada se dirige también al pasado y a la procedencia de Jesús. Esto vale para las

afirmaciones sobre el nacimiento milagroso de Jesús y su preexistencia. Se afirma, por un lado, que Dios actuaba desde el principio en la vida de Jesús y, por otro, que el Dios conocido por la irrupción de la salvación definitiva no podía ser plenamente conocido sin la revelación realizada en Jesús. Su nacimiento de madre virgen nos dice, en forma de teología narrativa, que la encarnación no es comprensible sin la voluntad y la intervención de Dios. Su humanidad no quedó por ello mermada. Juan aplica el motivo del nacimiento virginal a todos los creyentes, “los cuales no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nacieron de Dios” (Jn 1, 13). El pensamiento teológico, por su parte, dio un paso más: si entendemos toda la vida de Jesús en función de la obra salvífica de Dios, también su persona debe estar comprendida, desde el principio, en la voluntad, en los planes y en el obrar de Dios. Esto llevó a afirmar su preexistencia (en el sentido de “estar en el principio junto a Dios”) y también su participación en la creación (cfr. Flp 2, 6-11 y Jn 1,1). La Palabra se reveló en la Persona de Jesús.

En el NT ninguna expresión se refiere a Dios, sin manifestar, simultáneamente, el rostro de Jesucristo. Dios se manifiesta siempre como el Dios del amor, que quiere la salvación de los hombres. En último término, Dios es conocido en la figura de Jesús de Nazaret.

¿QUÉ SIGNIFICA HOY ESTE TESTIMONIO BÍBLICO?

El credo cristiano profesa, sin duda, un Dios único, que en el AT ya era considerado Creador del mundo y Señor de la historia. Dios está más allá de lo creado, es esencialmente distinto de él.

Pero como creador, no es un Dios trascendente sin más, alejado del mundo. Su acción creadora continúa y tanto el AT como el NT creen que está presente en el mundo creado por Él. Pablo en Rm 1, 19ss afirma que Dios se deja ver en las obras de su creación y en Hch 17, 24 ss se dice: “pues en él vivimos, nos movemos y existimos”.

Pero Dios está también presente en la historia, sobre todo en la elección de Israel; hecho al que repetidamente se recurre en el NT. A Israel se refieren también las promesas de una futura intervención divina. En su mayoría se han cumplido ya por medio de Jesús y por obra del Espíritu Santo y tienden a su total cumplimiento. Su realización es algo “histórico”, pero de difícil clasificación en el ámbito de la experiencia intramundana.

Frente a la creciente secularización y contra la interpretación de la historia como realidad puramente intramundana, debemos recordar una y otra vez la obra creadora de Dios así como una intervención de Dios que es experimentable en la historia y al mismo tiempo la trasciende.

Así como la *Shema* es profesión de fe en el Dios que se reveló a Israel, así igualmente la profesión de fe en Cristo atestigua que el Dios veterotestamentario se ha revelado últimamente en Jesús y ha querido iniciar por él la obra de salvación.

La predicación y las obras de Jesús son signos del inicio de la soberanía de Dios en el mundo; es soberanía de amor y de salvación. Dios mismo se ha revelado en la persona de Jesús y lo ha constituido testigo de su amor. Las obras y la persona de Jesús son, por tanto, revelación de Dios *en* y *por* Jesucristo. Es, en definitiva, una automanifestación de Dios, realizada concretamente en la vida histórica de Jesús y continuada después por el resucitado por medio del Espíritu Santo. Está en sucesión de continuidad con la revelación precedente, pero presenta una nueva dimensión, observada ya en vida de Jesús.

Punto central del mensaje de Jesús es el anuncio de la inminente llegada de la soberanía de Dios, motivada por el ilimitado amor de Dios a todos los hombres, también a los pecadores e impíos. El AT había conocido, sin duda, el amor de Dios y su mandamiento de amor; pero Jesús es el primero en hacerlo tema central de su doctrina. Se trata, por tanto, de un tema propio del NT. Cuando Pablo habla de justificación divina en vez de soberanía de Dios, interpreta y

desarrolla el mensaje de Jesús: se trata del amor incondicional de Dios y de la confianza y la fe del hombre. Con ello amplía y profundiza el conocimiento de Dios.

Debemos partir del Dios-amor, si queremos un Evangelio vivo y de interés para nuestro tiempo: es Buena Nueva revelada al mundo en la persona de Jesús y dirigida a todos los hombres. Donde reina el amor se superan el odio y la enemistad. El amor de Dios hace criaturas libres, en comunión con Dios.

La relación con otras religiones monoteístas

Nuestra profesión de fe en el Dios que se ha revelado en Jesucristo y que en Jesús nos ha concedido la salvación final, nos diferencia de la fe de los judíos. Con todo, como ellos creemos en un Dios único, creador del mundo y presente en la historia; como ellos también esperamos la salvación definitiva. Pero para los judíos la salvación está por llegar, mientras que para los cristianos se ha iniciado ya con Jesús. A pesar de todo, judíos y cristianos compartimos un gran arco que se extiende desde la creación hasta la salvación final, hasta la llegada de un mundo nuevo y de la salvación definitiva. En este sentido se puede decir: no hay más Dios que el del AT, pero su revelación en y por Cristo es algo esencial a la idea cristiana de Dios.

Las cosas son distintas, si nos referimos al Islam. Los musulmanes creen en el Dios único veterotestamentario y esperan también un final feliz. Pero junto a esto, en el Islam no hay ningún acontecimiento revelatorio decisivo para la imagen de Dios. Importante es sólo el Profeta. El Corán cita el AT, y esporádicamente el NT, como testimonios de la exclusividad de la fe en Dios. No hay lugar para la persona de Cristo ni la obra del Espíritu Santo, fundamentales en la fe cristiana en Dios. Es un monoteísmo estricto.

Se acusa a los monoteístas de fundamentalismo autoritario que tiende a imponerse incluso con poder y violencia. Puede ser una objeción no infundada, si nos atenemos a períodos del AT, a épocas de la historia del cristianismo y también al Islam. Pero el Profeta escribió también textos que invitan a un comportamiento humanitario. En la tradición cristiana el monoteísmo se ve notoriamente modificado por la imagen de un Dios que en Jesús mira a la humanidad con ojos misericordiosos y llenos de amor. En el cristianismo, correctamente entendido, se excluye toda tentación de poder y violencia.

Más allá de las diferencias, en la fe monoteísta hay algo fundamental en común, también con el Islam. Hoy se puede hablar de un inicial ecumenismo monoteísta. Para nosotros es obstáculo el monoteísmo abstracto y la rigidez social del Islam; los musulmanes,

a su vez, no aceptan la fe en Cristo (y menos aún nuestro creciente secularismo). En cristología hemos de tener presente que el Islam del s. VII se opuso a la iglesia por su profesión de fe en Dios uno y trino, mal entendido como un triteísmo. Podemos acercarnos a él si volvemos a la mentalidad veterotestamentaria de los primeros cristianos: confesaban la función singular del hombre Jesús de Nazaret en la divina revelación, sin referirse a su divinidad. Desde aquí un mutuo acuerdo debería resultar fácil. Por nuestra parte, podríamos mostrar más comprensión ante los musulmanes, anclados en sus inicios religiosos. Se trata, en

realidad, de buscar verdadera solidaridad entre cristianos y musulmanes, respetando las diferencias teóricas y prácticas. Se presupone en todos el deseo de convivir pacíficamente y de renunciar a toda tentación de fundamentalismo.

Solidaridad e independencia deben caracterizar la relación entre las tres religiones monoteístas. Venimos de un conocimiento de Dios común, pero cada credo tiene sus propios perfiles, que no son convertibles sin más. Nuestra misión de cristianos es testimoniar ante el mundo el amor de Dios, sin falsificaciones.

Tradujo y condensó: FRANCESC DE P. CASAÑAS